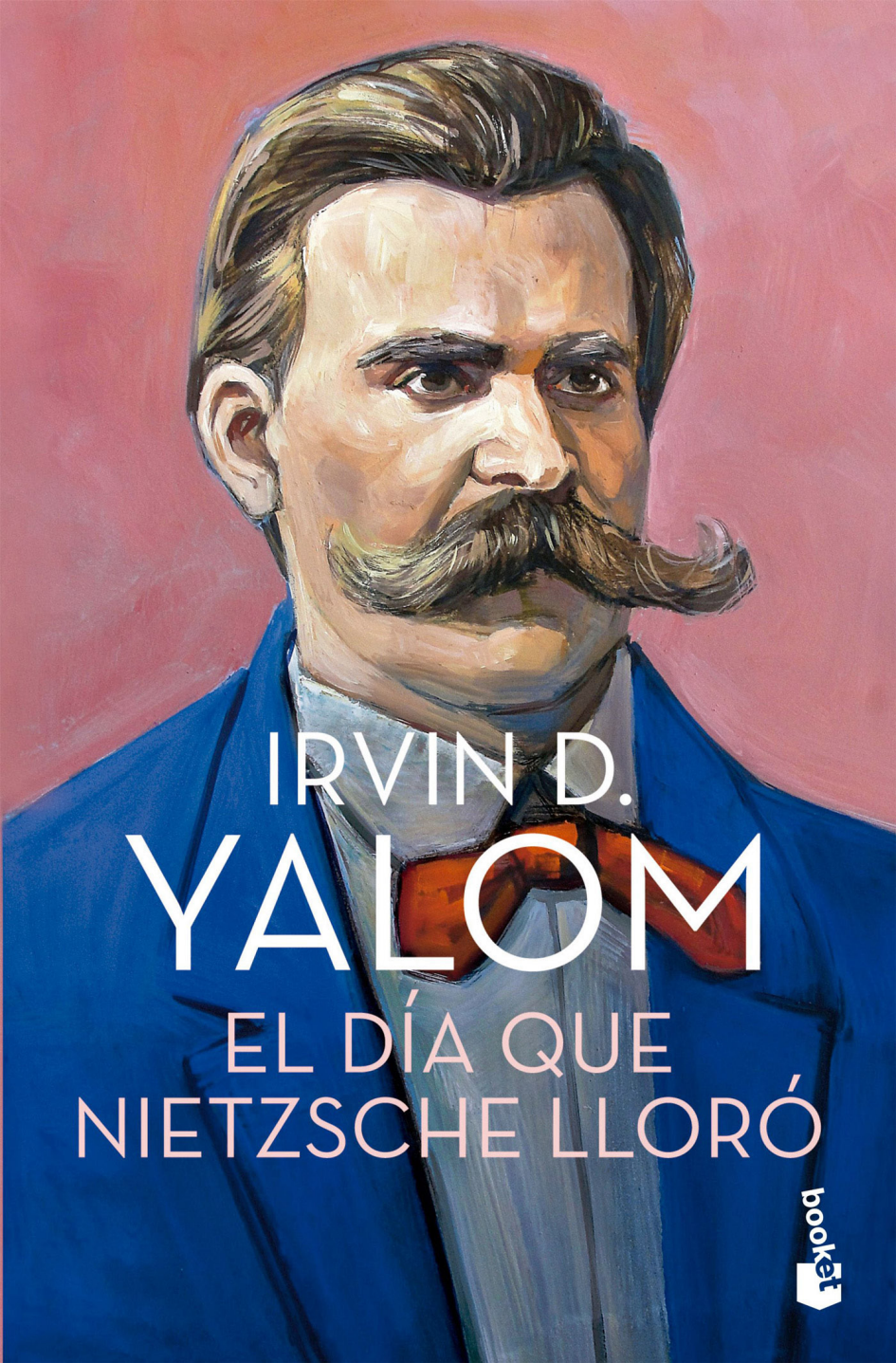




IRVIN D.
YALOM

EL DÍA QUE
NIETZSCHE LLORÓ

Irvin D. Yalom

El día que Nietzsche lloró

Traducción de Rolando Costa Picazo



Uno

Las campanas de San Salvatore interrumpieron el ensimismamiento de Josef Breuer. Sacó el macizo reloj de oro del bolsillo del chaleco. Las nueve. Volvió a leer la pequeña tarjeta de borde plateado que había recibido el día anterior.

21 de octubre de 1882

Doctor Breuer:

Quisiera verlo por un asunto muy urgente. El futuro de la filosofía alemana depende de ello. Lo espero mañana a las nueve de la mañana en el café Sorrento.

Lou Salomé

¡Nota impertinente! Hacía años que nadie se dirigía a él de forma tan atrevida. No conocía a ninguna Lou Salomé. El sobre no llevaba dirección. No había manera de decirle a aquella persona que las nueve de la mañana era una hora improcedente, que a Frau Breuer no le gustaría desayunar sola, que el doctor Breuer estaba de vacaciones y que los “asuntos muy urgentes” no le interesaban. Que, en realidad, el doctor Breuer estaba en Venecia para huir de los asuntos urgentes.

A las nueve en punto, sin embargo, estaba ya en el café Sorrento, escrutando los rostros que había a su alrededor, preguntándose cuál sería el de la impertinente Lou Salomé.

—¿Más café, señor?

Breuer asintió con la cabeza al camarero, un muchacho de unos catorce años, con el cabello negro y húmedo peinado hacia atrás. ¿Durante cuánto tiempo habría fantaseado? Volvió a consultar el reloj. Otros diez minutos de vida desperdicia-

dos. Y desperdiciados ¿en qué? Como de costumbre, había estado fantaseando con Bertha, la hermosa Bertha, paciente suya desde hacía dos años. Recordaba su voz provocativa: “Doctor Breuer, ¿por qué me tiene miedo?”. Recordaba la respuesta de la mujer cuando le había dicho que ya no era su médico: “Esperaré. Usted siempre será el único hombre de mi vida”.

Se reprendió a sí mismo: “¡Por el amor de Dios, basta! ¡Deja de pensar! ¡Abre los ojos! ¡Mira a tu alrededor! ¡Deja entrar al mundo!”.

Breuer levantó la taza e inhaló el aroma del rico café junto con el frío aire veneciano de octubre. Volvió la cabeza y miró a su alrededor. Las otras mesas del café Sorrento estaban ocupadas por hombres y mujeres que desayunaban, la mayoría turistas de cierta edad. Algunos tenían la taza de café en una mano y el periódico en la otra. Más allá de las mesas, las palomas revoloteaban y se posaban. Sólo la ondulante estela de una góndola que bordeaba la orilla alteraba las tranquilas aguas del Gran Canal, en las que se reflejaban los grandes palacios que se alzaban en sus márgenes. Las otras góndolas aún dormían en el canal, amarradas a los postes que sobresalían en oblicuo de las aguas, semejantes a lanzas arrojadas al azar por la mano de un gigante.

“¡Sí, eso es, mira a tu alrededor, imbécil! —se dijo Breuer—. La gente viene a Venecia de todos los rincones del mundo; gente que se resiste a morir sin conocer toda esta belleza. ¿Cuánto me habré perdido en la vida sólo por dejar de mirar? ¿O por mirar sin ver?” El día anterior había dado un paseo solitario por la isla de Murano y al cabo de una hora no había visto ni memorizado nada. Ninguna imagen se había filtrado por su retina hasta la corteza cerebral. Pensar en Bertha le ocupaba todo el tiempo: evocaba su seductora sonrisa, sus ojos adorables, el tacto de su cuerpo cálido y dócil, y su respiración acelerada cuando la examinaba o le daba un masaje. Escenas así tenían poder, vida propia; y cada vez que bajaba la guardia, le invadían la mente y se apoderaban de su imaginación. “¿Será ésta mi suerte para siempre? —se preguntó—, ¿estoy destinado a ser sólo un escenario donde los recuerdos de Bertha representan continuamente su drama?”

Alguien se puso de pie en una mesa contigua. El chirrido de la silla metálica sobre el ladrillo sobresaltó a Breuer, que de nuevo volvió a buscar a Lou Salomé.

¡Allí estaba! Tenía que ser la mujer que avanzaba por la Riva del Carbon y se disponía a entrar en el café. Sólo aquella mujer interesante, alta, delgada, envuelta en pieles, que avanzaba con paso majestuoso entre el laberinto de las atestadas mesas podría haber escrito aquella nota. Y a medida que se acercaba, Breuer vio que era joven, quizá más joven aún que Bertha, posiblemente una colegiala. ¡Pero aquella presencia imponente..., extraordinaria! ¡Llegaría lejos!

Lou Salomé siguió avanzando hacia él sin la menor vacilación. ¿Cómo podía estar tan segura de que era él? Con un rápido ademán, Breuer se pasó la mano izquierda por la rojiza barba para comprobar que no le hubieran quedado restos del desayuno. Con la derecha se estiró la negra levita para eliminar cualquier arruga del cuello. Cuando la mujer se encontraba a pocos pasos de él, se detuvo un instante y lo miró a los ojos con osadía.

El cerebro de Breuer dejó de parlotear. Mirar no requería concentración. La retina y la corteza cooperaban a la perfección, permitiendo que la imagen de Lou Salomé entrara con toda libertad en su mente. Era una mujer de belleza poco común: frente poderosa, barbilla fuerte, ojos azules brillantes, labios carnosos y sensuales, pelo rubio ceniza cepillado de forma descuidada y recogido en lo alto en un lánguido moño que dejaba al descubierto las orejas y el cuello, largo y elegante. Notó con especial placer los mechones de pelo que se escapaban del moño y se esparcían, temerariamente, en todas direcciones.

Otros tres pasos y ya estaba junto a él.

—Doctor Breuer, soy Lou Salomé. ¿Puedo sentarme?
—Hizo un ademán para señalar la silla. Se sentó con tal rapidez que Breuer no tuvo tiempo de saludarla, esto es, ponerse de pie, hacer una reverencia, besarle la mano, apartarle la silla de la mesa.

—¡Camarero! ¡Camarero! —Breuer chascó los dedos—.
Café para la señora. *Caffè e latte*? —Miró a Fräulein Salomé.

Ésta asintió y, a pesar del frío de la mañana, se quitó la capa de pieles.

—Sí, *caffè e latte*.

Breuer y su invitada permanecieron en silencio un momento. Lou Salomé lo miró a los ojos y empezó a hablar.

—Tengo un amigo que está desesperado. Temo que se mate en un futuro muy cercano. Para mí significaría una gran pérdida y una tragedia personal porque tendría cierta responsabilidad. Aunque podría soportarlo y sobreponerme. Pero —se inclinó hacia él, bajando la voz— dicha pérdida se extendería más allá de mí: la muerte de este hombre tendría consecuencias trascendentales para usted, para la cultura europea, para todos. Créame.

Breuer estuvo a punto de decir: “Estoy seguro de que exagera, Fräulein”, pero no pudo pronunciar palabra. Lo que en otra joven habría sido una hipérbole adolescente parecía distinto en aquel caso: algo que había que tomarse en serio. Su sinceridad y convicción resultaban irresistibles.

—¿Quién es ese hombre? ¿Lo conozco?

—¡Todavía no! Pero con el tiempo todo el mundo lo conocerá. Se llama Friedrich Nietzsche. Tal vez esta carta de Richard Wagner al profesor Nietzsche sirva de presentación. —Extrajo una carta del bolso, la abrió y se la dio a Breuer.— Primero debo decirle que Nietzsche no sabe que estoy aquí ni que poseo esta carta.

La última frase hizo dudar a Breuer. “¿Debo leerla? El profesor Nietzsche no sabe que me la enseña, ni siquiera sabe que la tiene esta mujer. ¿Cómo la habrá conseguido? ¿La habrá tomado prestada? ¿La habrá robado?”

Breuer se enorgullecía de muchas cualidades suyas. Era leal y generoso. Su perspicacia para el diagnóstico era famosa: en Viena era el médico personal de grandes hombres de ciencia, artistas y filósofos como Brahms, Brucke y Brentano. A los cuarenta años era conocido en toda Europa y ciudadanos distinguidos de todo Occidente viajaban para consultarlo. Pero, sobre todo, se enorgullecía de su *integridad*: ni una sola vez en la vida había cometido un acto deshonesto. A no ser que se le quisieran reprochar sus pensamientos carnales

sobre Bertha, pensamientos que en buena ley deberían dirigirse a su mujer, Mathilde.

Dudó antes de tomar la carta. Aunque sólo un instante. Otra mirada a aquellos ojos cristalinos bastó para convencerlo y tomó la carta. Llevaba fecha del 10 de enero de 1882 y empezaba: “Mi querido Friedrich”. Algunos párrafos se habían señalado con un círculo.

Acaba de entregar usted al mundo una obra inigualable. Su libro se caracteriza por una seguridad absoluta y una originalidad profundísima. ¿De qué otra manera mi esposa y yo podríamos haber visto cristalizado el más ferviente deseo de nuestra vida, que algún día algo nos llegará desde fuera para apoderarse por completo de nuestro corazón y de nuestra alma? Ambos hemos leído su libro dos veces, una vez a solas, durante el día, y luego en voz alta, por la tarde. Prácticamente nos disputamos el único ejemplar que tenemos y lamentamos que el otro que se nos prometió no haya llegado.

¡Pero está usted enfermo! ¿Está también desanimado? De ser así, haría con alegría cualquier cosa para disipar su desánimo. ¿Cómo empezar? Por ahora sólo puedo reiterarle mis incondicionales elogios.

Acéptelos, al menos, con espíritu cordial, aunque lo dejen insatisfecho.

Reciba un muy sincero saludo de su

Richard Wagner

¡Richard Wagner! A pesar de su educación vienesa, de su familiaridad y trato con los grandes hombres de la época, Breuer quedó deslumbrado. ¡Una carta escrita por la propia mano del maestro! Pero pronto recuperó la compostura.

—Muy interesante, mi querida Fräulein, pero dígame con exactitud qué puedo hacer por usted.

Volviendo a inclinarse hacia delante, Lou Salomé puso con delicadeza la mano enguantada sobre la de Breuer.

—Nietzsche está enfermo, muy enfermo. Necesita su ayuda.

—Pero ¿cuál es la naturaleza de su enfermedad? ¿Cuáles son los síntomas? —Nervioso por el roce de la mano femenina, Breuer se sintió aliviado al nadar en aguas familiares.

—Dolores de cabeza. Más que nada, fuertes dolores de cabeza. Y náuseas continuas. Y ceguera inminente: su vista se ha ido deteriorando de forma gradual. Y problemas de estómago. A veces no puede comer durante días. E insomnio. No hay producto que lo alivie y eso que toma cantidades peligrosas de morfina. Y mareos. Durante días enteros se siente mareado, como si estuviera en alta mar.

Las largas listas de síntomas no eran ni una novedad ni un atractivo para Breuer, que veía entre veinte y treinta pacientes al día y que estaba en Venecia precisamente para librarse de tales ocupaciones. No obstante, ante la vehemencia de Lou Salomé, se vio obligado a escucharla con atención.

—La respuesta a su petición, mi querida señora, es que sí, que veré a su amigo. Eso no admite dudas. Después de todo, soy médico. Pero, por favor, permítame hacerle una pregunta. ¿Por qué su amigo y usted no se han dirigido a mí de un modo más directo? ¿Por qué no han escrito a mi consultorio de Viena pidiendo una cita? —Mientras pronunciaba estas palabras, Breuer buscó con la mirada al camarero, para pedirle la cuenta, y pensó en lo contenta que se pondría Mathilde al verlo regresar tan pronto al hotel.

Pero no podía rechazar a aquella atrevida.

—Doctor Breuer, unos minutos más, por favor. Le aseguro que no exagero cuando le hablo de la gravedad del estado de Nietzsche, de su profunda desesperación.

—No lo pongo en duda. Pero vuelvo a preguntarle, Fräulein Salomé, ¿por qué no va Herr Nietzsche a verme a mi consultorio de Viena? ¿O por qué no visita a un médico de Italia? ¿Dónde vive? ¿Quiere que le dé una recomendación para un médico de su ciudad? ¿Por qué yo? Y ya que estamos en ello, ¿cómo se enteró de que me encontraba en Venecia? ¿O de que soy amante de la ópera y admiro a Wagner? —Lou Salomé permaneció impávida y sonriente mientras Breuer disparaba sus preguntas; la sonrisa se hizo más traviesa conforme

se sucedían las descargas.— Fräulein, sonrío usted como si poseyera un secreto. Creo que le gustan los misterios.

—Muchas preguntas, doctor Breuer. Llama la atención: llevamos sólo unos minutos hablando y fíjese cuánto hay ya que saber. Buen augurio de conversaciones futuras. Permítame seguir hablando de nuestro paciente.

¡*Nuestro* paciente! Breuer se maravilló otra vez de su audacia. La mujer prosiguió.

—Nietzsche ha agotado los recursos médicos de Alemania, Suiza e Italia. Ningún médico ha logrado comprender su mal ni aliviar sus síntomas. Me dice que en los últimos veinticuatro meses ha visto a veinticuatro de los mejores médicos de Europa. Ha abandonado su patria y a sus amigos, ha dejado su plaza en la universidad. Se ha convertido en un viajero que busca un clima tolerable, un par de días de alivio para su dolor.

La joven hizo una pausa y levantó la taza, mientras mantenía la mirada fija en Breuer.

—Fräulein, en mi práctica médica muchas veces veo a pacientes en condiciones poco corrientes o intrigantes. Pero permítame que le hable con franqueza: no hago milagros. En una situación así (con ceguera, dolor de cabeza, vértigo, gastritis, debilidad, insomnio), cuando ya se ha consultado a muchos médicos excelentes, no hay muchas probabilidades de que yo pueda hacer otra cosa que ser el médico excelente número veinticinco que lo ausculta en otros tantos meses. —Breuer se echó atrás, sacó un cigarro y lo encendió. Lanzó una delgada columna de humo azul, aguardó a que se desvaneciera y prosiguió.— De nuevo, sin embargo, la invito a que me permita examinar al profesor Nietzsche en mi consultorio. Aunque podría ocurrir que la causa y cura de su estado estén más allá de la ciencia médica de 1882. Quizá nació su amigo demasiado pronto, una generación antes de lo que le tocaba.

—¡Demasiado pronto! —La joven se echó a reír.— Una observación muy aguda, doctor Breuer. ¡Cuántas veces he oído a Nietzsche decir lo mismo! Ahora estoy segura de que es usted el médico indicado.

A pesar de su deseo de marcharse y de la recurrente imagen de Mathilde ya arreglada y paseándose con impaciencia

por la habitación del hotel, Breuer manifestó un inmediato interés.

—¿Por qué dice eso?

—Nietzsche habla de sí mismo calificándose a menudo de “filósofo póstumo”, de filósofo para el que el mundo todavía no está preparado. El libro que prepara en estos momentos empieza con ese tema: Zaratustra, un profeta rebosante de sabiduría, decide instruir a la gente. Pero nadie entiende sus palabras. Nadie está preparado para comprenderlo y el profeta, al darse cuenta de que ha llegado demasiado pronto, regresa a su soledad.

—Fräulein, sus palabras me intrigan: la filosofía me apasiona. Pero mi tiempo es hoy limitado y aún no he oído una respuesta directa a la pregunta de por qué su amigo no acude a mi consultorio de Viena.

—Doctor Breuer —Lou Salomé lo miró a los ojos—, perdóneme mi falta de precisión. Puede que me ande con demasiados rodeos. Siempre me ha gustado la compañía de espíritus ilustres; quizá porque necesite modelos para mi propio desarrollo o porque disfrute coleccionándolos. Pero es un privilegio hablar con un hombre de la profundidad y posición de usted. —Breuer se ruborizó. No podía resistir la mirada de la joven y apartó la suya mientras ella continuaba.— Quizá sea poco concreta para prolongar este momento de compañía.

—¿Más café, Fräulein? —Breuer hizo una seña al camarero.— Y más bollos como éstos. ¿Ha pensado alguna vez en las diferencias entre las panaderías alemanas y las italianas? Permítame exponerle mi teoría acerca de la concordancia entre el pan y el carácter nacional.

* * *

De modo que Breuer no se apresuró a regresar junto a Mathilde. Y mientras tomaba un tranquilo desayuno con Lou Salomé, meditaba acerca de la ironía de la situación. ¡Qué extraño ir a Venecia para reparar el daño hecho por una mujer hermosa y encontrarse departiendo a solas con otra más her-

mosa aún! Observó que, por primera vez en muchos meses, su mente estaba libre de la obsesión por Bertha.

“Quizá haya esperanza para mí, después de todo. Quizá pueda utilizar a esta mujer para borrar a Bertha de mi mente. ¿Habré descubierto un equivalente psicológico de la terapia farmacológica sustitutiva? Una sustancia benigna, como la valeriana, puede reemplazar otra más peligrosa como la morfina. Del mismo modo, Lou Salomé podría sustituir a Bertha y eso significaría un progreso. Después de todo, esta mujer es más refinada, más completa. Bertha es... ¿cómo decirlo?, presexual, una mujer frustrada, una niña que se agita con torpeza dentro de un cuerpo adulto.”

Sin embargo, Breuer sabía que era precisamente esa inocencia presexual lo que le atraía de Bertha. Las dos mujeres lo excitaban: pensar en ellas le producía un escalofrío en la espalda. Y ambas mujeres lo asustaban: eran peligrosas, cada una a su manera. Aquella Lou Salomé lo asustaba por su poder, por lo que podría hacerle. Bertha lo asustaba por su sumisión, por lo que podría hacerle *a ella*. Tembló al pensar en los riesgos en que había incurrido con Bertha, en lo cerca que había estado de violar el principio fundamental de la ética médica y de causar la ruina de su persona, su familia, su vida entera.

Estaba tan absorto en la conversación y tan deslumbrado por su joven compañera de desayuno, que fue ésta y no él quien volvió a referirse a la enfermedad del tal Nietzsche y, en concreto, al comentario de Breuer sobre los milagros médicos.

—Tengo veintiún años, doctor Breuer, y ya no creo en los milagros. Me doy cuenta de que el fracaso de veinticuatro médicos excelentes sólo puede significar que hemos llegado al límite del conocimiento médico contemporáneo. Pero no me interprete mal. No me hago ilusiones sobre sus posibilidades de curar a Nietzsche. Ésta no es la razón por la que he acudido a usted.

Breuer dejó la taza y se limpió la barba y el bigote con la servilleta.

—Perdóneme, Fräulein, pero no entiendo nada. Usted ha empezado diciendo, ¿no es así?, que necesitaba mi ayuda porque tenía un amigo que estaba muy enfermo.

—No, doctor Breuer. He dicho que tengo un amigo que está *desesperado*, que corre peligro de suicidarse. Es la *desesperación* del profesor Nietzsche, no su *corpus*, lo que le pido que cure.

—Pero, Fräulein, si su amigo está desesperado a causa de su salud y yo no tengo remedio médico para él, ¿qué se puede hacer? No puedo socorrer a una mente enferma. —Breuer interpretó que el asentimiento de Lou Salomé significaba que había reconocido las palabras del médico de Macbeth, y prosiguió:— Fräulein Salomé, no hay remedio para la desesperación, no existen médicos del alma. Poco puedo hacer, salvo recomendarle ciertos excelentes balnearios de Austria e Italia. O una conversación con un cura u otro consejero religioso, con un miembro de su familia, o con un buen amigo.

—Doctor Breuer, sé que usted puede hacer mucho más. Tengo un espía. Mi hermano Jenia es estudiante de medicina y ha estado en su clínica vienesa este año.

¡Jenia Salomé! Breuer trató de recordar el nombre. Había tantos estudiantes...

—Por él supe de su amor por Wagner y que estaría de vacaciones en Venecia esta semana, y que se hospedaría en el hotel Analfi. También me dijo cómo reconocerlo. Pero lo más importante es que también me enteré de que es usted un médico de la desesperación. El verano pasado Jenia asistió a una reunión informal en la que usted describió el tratamiento al que sometió a una joven llamada Anna O., una mujer sumida en la desesperación y a quien usted trató con una nueva técnica, “una cura dialogada”, basada en el razonamiento, en el análisis de las asociaciones mentales. Jenia dice que usted es el único médico en Europa capaz de ofrecer un verdadero tratamiento psicológico.

¡Anna O.! Breuer dio un respingo al oír el nombre y derramó el café al llevarse la taza a los labios. Se secó la mano con la servilleta, con la esperanza de que Fräulein Salomé no hubiera notado el accidente. Anna O. ¡Era increíble! Dondequiera que fuese, encontraba a Anna O., su nombre secreto, la clave que ocultaba a Bertha Pappenheim. Discreto hasta la exageración, Breuer nunca utilizaba el verdadero nombre de

sus pacientes cuando hablaba de ellos con sus alumnos. Inventaba un seudónimo, adelantando el orden alfabético de las iniciales del paciente: de ese modo, B.P., las iniciales de Bertha Pappenheim, habían pasado a ser Anna O.

—Usted causó una extraordinaria impresión en Jenia, doctor Breuer. Cuando describió su conferencia y la cura de Anna O., mi hermano dijo que para él era un honor estar cerca de la luz del genio. Debo decirle que Jenia no es un joven impresionable. Nunca lo había oído hablar así. Entonces decidí conocerlo algún día, quizá incluso estudiar con usted. La llegada de ese día se convirtió en necesidad apremiante al empeorar el estado de Nietzsche durante estos dos últimos meses.

Breuer miró a su alrededor. Muchos parroquianos habían terminado y se habían ido del café, pero él seguía allí sentado, en plena fuga de Bertha, conversando con una joven sorprendente, a quien la misma Bertha había conducido hasta su vida. Sintió un escalofrío. ¿No habría manera de escapar de Bertha?

—Fräulein. —Breuer se aclaró la garganta.— Fräulein, el caso que describió su hermano no fue más que un caso único en el que empleé una técnica experimental. No hay razón para creer que esta técnica particular pueda ayudar a su amigo. En realidad, existen razones para creer que no daría resultado.

—¿Por qué, doctor Breuer?

—Me temo que no pueda expplayarme por cuestiones de tiempo. De momento, me limitaré a señalar que Anna O. y su amigo tienen enfermedades muy distintas. Ella padecía histeria y tenía ciertos síntomas de incapacitación, como debe de haberle explicado su hermano. Mi enfoque consistió en borrar de forma sistemática cada síntoma instando a la paciente a recordar, gracias al mesmerismo, el olvidado trauma psíquico en que se había originado. Una vez descubierto el origen concreto, el síntoma desaparecía.

—Suponga, doctor Breuer, que consideramos la desesperación como un síntoma. ¿No podría abordarla de la misma manera?

—La desesperación no es un síntoma médico, Fräulein. Es algo vago, impreciso. Cada uno de los síntomas de Anna O. afectaba una parte específica de su cuerpo; cada uno estaba causado por una descarga de excitación intracerebral a través de una vía nerviosa. Según la ha descrito usted, la desesperación de su amigo es por completo ideativa. No hay método para abordar ese estado.

Por primera vez, Lou Salomé vaciló.

—Pero doctor Breuer —y volvió a poner la mano sobre la de él—, antes de que usted asistiera a Anna O. no existía tratamiento psicológico para la histeria. Según tengo entendido, los médicos prescribían baños o ese horrible tratamiento eléctrico. Estoy convencida de que sólo usted podría idear un nuevo tratamiento para Nietzsche.

De repente, Breuer se dio cuenta de la hora. Debía volver junto a Mathilde.

—Fräulein, haré todo lo que esté a mi alcance para ayudar a su amigo. Aquí tiene mi tarjeta. Veré a su amigo en Viena.

La joven echó un vistazo a la tarjeta antes de guardársela en el bolso.

—Doctor Breuer, me temo que no es tan sencillo. Nietzsche no es, ¿cómo le diría yo?, un paciente que coopere. En realidad, no sabe que he venido a hablar con usted. Es una persona sumamente reservada y orgullosa. Nunca admitirá que necesita ayuda.

—Pero usted dice que habla de suicidio.

—En cada conversación, en cada carta. Pero no pide ayuda. Si se enterara de nuestra conversación, nunca me lo perdonaría y estoy segura de que se negaría a verlo. Aunque pudiera persuadirlo de que lo hiciera, limitaría la consulta a sus males corporales. Jamás, ni por asomo, se pondría en la situación de pedirle que aliviara su desesperación. Tiene una opinión muy firme acerca de la debilidad y la fuerza.

Breuer empezó a sentirse contrariado e impaciente.

—De modo, Fräulein, que el drama se vuelve más complejo. Usted quiere que me reúna con un tal profesor Nietzsche, a quien considera uno de los más grandes filósofos de nuestra época, para convencerlo de que vale la pena vivir la vida, o por lo menos

su vida. Y además, debo hacerlo sin que nuestro filósofo se entere de lo que hago. —Lou Salomé asintió, lanzó un profundo suspiro y se echó atrás.— Pero ¿cómo es posible? —prosiguió Breuer—. Lograr el primer objetivo, es decir, curar la desesperación, es, en sí mismo, algo que está fuera del alcance de la ciencia médica. Pero la segunda condición, tratar al paciente de manera subrepticia, traslada nuestra empresa al reino de lo fantástico. ¿Hay otros obstáculos aún no revelados? ¿Habla sólo sánscrito este profesor Nietzsche o se resiste a abandonar su ermita tibetana? —Breuer sentía deseos de bromear, pero se contuvo al advertir la expresión confusa de Lou Salomé.— En serio, Fräulein Salomé, ¿cómo podría conseguirlo?

—¡Ahora se da usted cuenta, doctor Breuer! ¡Ahora se da cuenta de por qué he acudido a usted y no a una persona de inferior categoría!

Las campanas de San Salvatore dieron la hora. Las diez. Mathilde ya debía de estar impaciente. Ah, de no ser por ella... Breuer volvió a llamar al camarero. Mientras esperaban la cuenta, Lou Salomé le hizo una invitación insólita.

—Doctor Breuer, ¿querrá desayunar conmigo mañana? Como le he dicho antes, en parte soy responsable de la desesperación del profesor Nietzsche. Todavía tengo que contarle muchas cosas.

—Lo lamento, pero mañana es imposible. No todos los días recibo una invitación para desayunar con una mujer encantadora, pero no estoy libre. El carácter de este viaje, en compañía de mi esposa, me impide volver a dejarla sola.

—Permítame, en ese caso, sugerir otro plan. He prometido a mi hermano que lo visitaría este mes. Hasta hace poco tenía planeado hacer el viaje con el profesor Nietzsche. Permítame verlo a usted en Viena para proporcionarle más información. Mientras tanto, intentaré persuadir al profesor Nietzsche de que vaya a su consulta con el pretexto de su deteriorada salud física.

Salieron juntos del café. Sólo quedaban unos cuantos usuarios. Los camareros estaban despejando las mesas. Cuando Breuer se disponía a marcharse, Lou Salomé lo tomó del brazo y se puso a andar a su lado.

—Doctor Breuer, la ocasión ha sido demasiado breve. Soy ambiciosa y quisiera robarle más tiempo. ¿Me permite acompañarlo hasta su hotel?

La petición se le antojó a Breuer atrevida y masculina; sin embargo, en labios de ella le pareció normal y exenta de afectación: la naturalidad con que las personas deberían hablar y vivir. Si a una mujer le gustaba la compañía de un hombre, ¿por qué no podía pasear del brazo con él? Ahora bien, ¿qué mujeres solían hablar de aquel modo? Pero ella era diferente. ¡Era una mujer libre!

—Jamás había lamentado tanto rechazar una invitación —dijo Breuer, pegando contra sí el brazo femenino—, pero ya es hora de regresar y debo hacerlo solo. Mi querida pero preocupada esposa estará esperándome en la ventana y tengo la obligación de respetar sus sentimientos.

—Por supuesto, pero —y Lou Salomé apartó el brazo para situarse ante Breuer, dueña de sí, firme como un hombre— la palabra “obligación” me resulta opresiva. He reducido mis obligaciones a una sola: perpetuar mi libertad. El matrimonio y los compromisos que implica, los celos y la posesión, esclavizan el espíritu. Nunca ejercerán dominio sobre mí. Espero, doctor Breuer, que llegue el día en que hombres y mujeres no se vean tiranizados por sus recíprocas debilidades. —Se volvió con la misma seguridad con que había llegado.— *Auf Wiedersehen*. Seguiremos hablando en Viena.